

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHL

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0602

Venerdì 26.09.2008

Pubblicazione: Immediata

Sommario:

◆ LE UDIENZE

◆ VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEGLI ECC.MI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DI URUGUAY

◆ INTERVENTO DEL CAPO DELEGAZIONE DELLA SANTA SEDE, S.E. MONS. CELESTINO MIGLIORE, ALLA 63ma SESSIONE DELL'ASSEMBLEA GENERALE DELL'O.N.U. SUGLI OBIETTIVI DI SVILUPPO DEL MILLENNIO

◆ LE UDIENZE

LE UDIENZE

Il Santo Padre ha ricevuto questa mattina in Udienza, nel Palazzo Apostolico di Castel Gandolfo:

S.E. Mons. Carlos María Collazzi Irazábal, S.D.B., Vescovo di Mercedes (Uruguay), in Visita "ad Limina Apostolorum";

S.E. Mons. Luis del Castillo Estrada, S.I., Vescovo di Melo (Uruguay), in Visita "ad Limina Apostolorum" con il Vescovo emerito: S.E. Mons. Roberto Reinaldo Cáceres González;

Gruppo degli Ecc.mi Presuli della Conferenza Episcopale di Uruguay, in Visita "ad Limina Apostolorum".

Il Papa riceve questa mattina in Udienza:

Partecipanti al Meeting Internazionale di "Retrouvaille".

Il Santo Padre riceve questo pomeriggio in Udienza:

Em.mo Card. Ivan Dias, Prefetto della Congregazione per l'Evangelizzazione dei Popoli.

[01497-01.01]

VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM" DEGLI ECC.MI PRESULI DELLA CONFERENZA EPISCOPALE DI URUGUAY

Alle ore 11.30 di questa mattina, il Santo Padre Benedetto XVI ha incontrato i Presuli della Conferenza Episcopale di Uruguay, ricevuti in questi giorni, in separate udienze, in occasione della Visita "ad Limina Apostolorum" e ha loro rivolto il discorso che riportiamo di seguito:

• DISCORSO DEL SANTO PADRE

Queridos Hermanos en el Episcopado:

Me complace recibirlos en este encuentro que, al concluir vuestra visita *ad limina*, me permite saludaros a todos juntos y alentáros en la esperanza, tan necesaria para el ministerio que generosamente ejercéis en las respectivas iglesias particulares. Agradezco cordialmente las palabras de Monseñor Carlos María Collazzi Irazábal, Obispo de Mercedes y Presidente de la Conferencia Episcopal del Uruguay, en las que ha expresado los sentimientos compartidos de estrecha comunión con la Sede de Pedro, así como los anhelos y preocupaciones que embargan vuestro corazón de Pastores que desean responder a las expectativas que tiene el Pueblo de Dios.

La visita a los sepulcros de San Pedro y San Pablo es una ocasión privilegiada para ahondar en el origen y sentido del ministerio de los sucesores de los Apóstoles, fieles transmisores de la semilla que ellos plantaron (cf. *Lumen gentium*, 20), enteramente entregados a proclamar el evangelio de Cristo y unánimes en su testimonio. Es también una oportunidad señalada para reforzar los lazos de unidad efectiva y afectiva del colegio episcopal, que ha de ser manifestación eminente del ideal, tan característico de la comunidad eclesial desde sus orígenes, de tener "un solo corazón y una sola alma" (*Hch* 4, 32), y ejemplo visible para promover el espíritu de hermandad y concordia en vuestros fieles e incluso en la sociedad actual, tantas veces dominada por el individualismo y la rivalidad exasperada.

Esta comunión se manifiesta también en la tarea de hacer efectivas y concretas las orientaciones pastorales que habéis propuesto para los próximos 5 años, inspiradas en el sugestivo marco del encuentro de Jesús resucitado con los discípulos en el camino de Emaús. En efecto, el Maestro que acompaña, que conversa con los suyos y les explica las escrituras, es un modelo a seguir para preparar la mente y el corazón del hombre, de modo que llegue a descubrirlo y a encontrarse con Él personalmente. Por tanto, promover el conocimiento y la meditación de la Sagrada Escritura, explicarla fielmente en la predicación y la catequesis o enseñarla en las escuelas, es una necesidad para llegar a vivir la vocación cristiana de manera más consciente, firme y segura. Os animo en esta empresa con la cual queréis hacer partícipes a vuestros fieles y comunidades eclesiales del impulso evangelizador y misionero propuesto por la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida.

La Palabra de Dios es también la fuente y el contenido inexcusable de vuestro ministerio como «predicadores del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo» (*Lumen gentium*, 75), tanto más necesario en un tiempo en que otras muchas voces tratan de acallar a Dios en la vida personal y social, llevando a los hombres por derroteros que socavan la auténtica esperanza y se desinteresan de la verdad firme en la que puede descansar el corazón del ser humano. Enseñad, pues, la fe de la Iglesia en su integridad, con la valentía y la persuasión propias de quien vive de ella y para ella, sin renunciar a proclamar explícitamente los valores morales de la

doctrina católica, que a veces son objeto de debate en el ámbito político, cultural o en los medios de comunicación social, como son los que se refieren a la familia, la sexualidad y la vida. Sé de vuestros esfuerzos por defender la vida humana desde la concepción hasta su término natural y pido a Dios que den como fruto una conciencia clara en cada uruguayo de la dignidad inviolable de toda persona y un compromiso firme de respetarla y salvaguardarla sin reservas.

En esta tarea contáis con la inestimable colaboración de los sacerdotes a los que se ha de animar constantemente para que, sin acomodarse al ambiente imperante en el mundo (cf. *Rm* 12,2), sean verdaderos discípulos y misioneros de Cristo, que llevan con ardor su mensaje de salvación a las parroquias y comunidades, a las familias y a todas las personas que anhelan sobre todo palabras aprendidas del Espíritu, más que de saberes puramente humanos (cf. *1 Co* 2,6). La cercanía asidua de los Pastores a quienes se preparan para el sacerdocio puede ser determinante para una formación en la que prevalezca lo que ha de distinguir por encima de todo a un ministro de la Iglesia: el amor a Cristo, una seria competencia teológica en plena sintonía con el Magisterio y la Tradición de la Iglesia, la meditación constante y personal de su misión salvadora y una vida intachable acorde con el servicio que presta al Pueblo de Dios. De este modo darán testimonio fiel de lo que predicán y ayudarán a sus hermanos a huir de una religiosidad superficial y con escasa incidencia en los compromisos éticos que la fe comporta, para aprender de Cristo a vivir «en la justicia y la santidad de la verdad» (*Ef* 4,24).

En este aspecto, mucho cabe esperar también de las personas consagradas o miembros de diversos movimientos y asociaciones especialmente comprometidos en la misión de la Iglesia, llamados a dar un gozoso testimonio de que la plenitud de vida se alcanza cuando se prefiere el *ser mejor* al mero *tener más*, haciendo brillar los verdaderos valores y la alegría incomparable de haberse encontrado con Cristo y de entregarse incondicionalmente a Él.

Queridos Hermanos, sabéis que la tarea del verdadero testigo de Cristo no es fácil, exige mucho, pero es clara y cuenta sobre todo, más que con las propias fuerzas, con el poder de quien ha «vencido al mundo» (cf. *Jn* 16,33). Sin dejaros llevar por el desaliento, en tantas situaciones de indiferencia o apatía religiosa, seguid siendo portadores de la «esperanza que no defrauda» (*Rm* 5,5) y participes del amor de Cristo por los pobres y necesitados mediante las obras caritativas de las comunidades eclesiales. En situaciones difíciles, que también afectan a los uruguayos, la Iglesia está llamada a mostrar la grandeza de corazón, la solidaridad y capacidad de sacrificio de la familia de los hijos de Dios para con los hermanos en dificultad.

Al terminar este encuentro, os ruego que llevéis un caluroso saludo a vuestros sacerdotes y seminaristas, monasterios y comunidades religiosas, movimientos y asociaciones, catequistas y demás personas dedicadas a la apasionante tarea de llevar y mantener viva la luz de Cristo en el Pueblo de Dios. Invoco la protección de la Santísima Virgen María sobre vuestras tareas apostólicas, así como sobre todos los queridos uruguayos, y os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

[01498-04.01] [Texto original: Español]

INTERVENTO DEL CAPO DELEGAZIONE DELLA SANTA SEDE, S.E. MONS. CELESTINO MIGLIORE, ALLA 63ma SESSIONE DELL'ASSEMBLEA GENERALE DELL'O.N.U. SUGLI OBIETTIVI DI SVILUPPO DEL MILLENNIO

Pubblichiamo di seguito l'intervento pronunciato ieri a New York, nel corso della 63ma Sessione dell'Assemblea Generale dell'O.N.U. dal Capo della Delegazione della Santa Sede, l'Arcivescovo S.E. Mons. Celestino Migliore, all'evento di Alto Livello convocato dal Segretario Generale e dal Presidente dell'Assemblea Generale, sugli obiettivi di sviluppo del Millennio:

● INTERVENTO DI S.E. MONS. CELESTINO MIGLIORE

Mr President,

When in the year 2000 the leaders of the world convened in this hall, they took up the commitment to fight extreme poverty by setting specific goals to address hunger, education, inequality, child and maternal health, environmental damage and HIV/AIDS by 2015.

This great responsibility was assumed out of international solidarity as well as in the name of human rights. It is, therefore, not a mere coincidence that our meeting is taking place in the same year that we celebrate the 60th anniversary of the Universal Declaration of Human Rights.

A precise relationship exists, in fact, among the Millennium Development Goals as set forth in the UN Millennium Declaration and human rights. What is more, they have in common the objective to preserve and protect human dignity.

In addition, the achievement of these goals is closely interrelated with respect for human rights. While the goals are ultimately political commitments, the human rights inherent in each goal make achieving them a social and moral responsibility.

It is with this sense of responsibility that the world is reunited today at the highest level of representation to take stock of the situation.

The Secretary-General's Report rightly acknowledges the progress which has been achieved across the spectrum, but it also sounds a strong alarm as the delivery on commitments made by member States remains deficient.

Areas such as official development aid, trade, debt relief, assistance for capacity development, access to new technologies and essential medicines continue to fall behind our commitments and our words of support.

We are lagging behind in honouring our word, and more importantly, the people of the world who look to us for leadership, are running out of hope and trust.

The last eight years have shown that with international, national and local commitment many nations are now more economically independent. Some developing countries have become middle income countries and middle income countries are on the brink of turning into highly developed economies.

Several Least Developed Countries have made remarkable progress with some of the MDGs, for example, the elimination of extreme poverty and the achievement of universal access to education.

Nonetheless, the recent high rate of economic growth in many LDCs has not contributed sufficiently to tackling the situation of generalized poverty. The LDCs remain behind and are in serious delay for attaining the goals as set out in the Millennium Declaration, and in some cases reaching the goals may prove impossible.

A failure in attaining the MDGs in the LDCs and other poor countries would mean a moral failure of the whole international community and have political and economic consequences even beyond the geographic boundaries of the LDCs.

It is therefore important that this forum be a moment of reflection on communal responsibility.

The MDGs will be achieved if their attainment becomes a priority for all States.

Above all, we need to foment a new culture of human relations marked by a fraternal vision of the world, a culture based upon the moral imperative of recognizing the unity of humankind and the practical imperative of

giving a contribution to peace and the well-being of all.

The money and resources that the LDCs need in terms of direct aid, financial assistance and trade advantages are meager compared to the world-wide military expenses or the total expenses of non-primary necessities of populations in more developed countries.

The fact that various LDCs with rather limited resources are obtaining important results should inspire the international community.

The effectiveness of civil society, including religious organizations serving poorer populations, is the practical proof of the possibility to achieve the goals by 2015 or in the proximate successive years.

Civil society and faith-based organizations remain indispensable actors in the delivery of vital goods and services, and greater efforts should be made to allow them access to populations in need. After all, these organizations are often capable of serving the needs of the most destitute and underprivileged.

The Holy See and its affiliated organizations are committed to providing humanitarian as well as development assistance around the world.

Mr President,

With only seven years remaining until the end of the MDGs campaign, it is important that we focus upon the goals in the Millennium Declaration which were agreed upon by our Heads of State.

To debate and create new targets, such as those on sexual and reproductive health, risks introducing practices and policies detrimental to human dignity and sustainable development, distracting our focus from the original goals and diverting the necessary resources from the more basic and urgent needs.

In these days we are witnessing a debate on an economic rescue aimed at resolving a crisis that risks disrupting the economy of the most developed countries and leaving thousands and thousands of families without work.

This rescue of enormous proportions, which amounts to many times the whole of international aid, cannot but raise a pressing question. How are we able to find funds to save a broken financial system yet remain unable to find the resources necessary to invest in the development of all regions of the world, beginning with the most destitute?

For this reason, the globalization of solidarity through the prompt achievement of the MDGs established by the Millennium Declaration is a crucial moral obligation of the international community.

It is also a great and most effective means of giving stability to the global economy and assuring the prosperity and enjoyment of human rights for all.

Thank you, Mr President.

[01500-02.02] [Original text: English]

[B0602-XX.01]
